

darlo á conocer empleaba la frase que dijo en cierta ocasión el Serafín de Asís: "¡He hallado un tesoro! ¡He hallado un tesoro!" Esta era la respuesta que daba, cada vez que la Madre Consolación le preguntaba cómo le iba en los santos ejercicios. Llegó el último día de ellos y nuestra joven, mudada toda y transformada interiormente, volvió á su casa donde pasaron cosas gordas y muy raras, tan gordas y raras, que nos van á dar materia para el capítulo siguiente.



## CAPITULO XVIII

## De cómo se escondió José donde nadie lo pudo hallar.

EL mismo día que Inés llegó á su casa, llegó también Nicéforo de vuelta de los baños á casa de la condesa. Venía solo, sin el condesito, pero con una carta de éste para su madre. Aunque José le había escrito ya diciéndole que pensaba enviar á Nicéforo delante y detenerse él en San Sebastián unos días, la condesa sospechó que aquella detención era misteriosa, y temió por su hijo. Hizo al criado mil preguntas y todas confirmaban su sospecha. Abrió la carta que Nicéforo le había traído, y vió que entre otras cosas le decía su hijo:

"Mamá, no te apures; sé que mi ausencia te será penosa, pero un deber imperioso de conciencia me obliga á obrar así. No te apures ni pases cuidado por mí, pues vivo bajo la amorosa vigilancia del Padre celestial, y me acompaña

un ángel como al justo Tobías. Si tardo algún tiempo en escribirte, no lo extrañes ni te acojoes, porque en todo caso Inés puede darte noticias de mí."

La venida de Nicéforo y la carta de José produjeron una grande alarma en la condesa, que tomó de seguida el camino y se plantó en casa de Agustín, contándole lo que pasaba. Miraba con ansia y con sobresalto á Inés, y le repitió cien veces:

—Pero, hija, ¿no me dices nada?

—Señora, si no me ha escrito, ¿qué quiere usted que yo le diga?—respondióle ella con tanto sentimiento que obligaba á la condesa á creer que no sabía el paradero de José.

Pasó un día y otro, una semana y otra, y la madre se volvía loca, y Concepción lloraba, y Agustín con su familia se llenaba de congoja por la pérdida del conde, pues en realidad lo creía perdido. Cuando la condesa, ya casi desesperada, se proponía dar parte á la policía española y francesa, prometiendo una crecida suma al que le descubriera el paradero de su hijo; y el mismo día que iba á tomar el tren para recorrer el Norte de España en busca de José, recibió carta de éste; pero carta que le quitó toda esperanza de poderlo hallar. Como estas cartas son datos fehacientes para la historia, la vamos á poner

aquí tal cual salió de la pluma del condesito de Valdelirios. Decía así:

"Mi adorada madre: queridísima é inolvidable hermana: obedeciendo á la voz de Dios me he sepultado para siempre en el retiro de un claustro, donde espero vivir desconocido, como peregrino y extranjero en esta tierra de llanto. Inútil es que busquéis mi paradero, pues ciertamente no daréis con él; y para quitaros toda esperanza de poderme hallar, os hago saber que esta carta, escrita en el interior de Francia, será echada al correo en Barcelona, para que no podáis conocer por el sello el punto de su procedencia."

"Lo que me ha obligado á tomar esta determinación ha sido expresamente la voluntad divina, y ayudado de la gracia no volveré jamás la cara atrás, para no quedar convertido en estatua de sal, como la mujer de Lot."

"Cumpliendo un deber de hijo y de hermano os envío esta carta, que será la última hasta que me vea atado con los votos religiosos, de manera que nadie ni nada me pueda soltar de ellos, y os la envío para despedirme de las dos."

"Adiós pues, mamá queridísima; no puedes figurarte cuantísimo te agradezco hoy la solicitud y cuidados que en educarme has tenido, y quisiera con toda el alma podértelos recompensar; mas

Aquél que tiene prometido galardón eterno á todo el que le sirve, te recompensará por mí tus desvelos maternos. No quisiera abandonarte, y al escribirlo siento que mi corazón rebosa en amargura; no quisiera abandonarte para ser el consuelo de tu alma y el báculo de tu vejez; más aquél Padre amoroso que cuida de las aves del campo, cuidará también de tí, puesto que El es quien me aparta de tu lado."

"Adiós otra vez, madre querida, á quien amo con todo mi corazón; ¡adiós! porque no es razón que tus caricias y ternuras de madre, sean rémoras que me detengan en el camino de mi salvación. No llores por mí, madre mía, porque siento más tu llanto que mi pena. Mucho temo el dolor y desconsuelo que te va á causar esta mi carta; pero temo más mi propio peligro, temo más ser infiel á Dios, y antes que apartarme del Criador, debí apartarme de la criatura, aunque fuera mi madre. No me llores, madre amada; y toma por confortativo de tu pena el saber que soy feliz en este santo retiro, porque vivo bajo la amorosa vigilancia del divino Corazón del hombre Dios. El te envíe su auxilio desde lo alto, y te proteja siempre con paternal providencia. Y pues me despido de tí, dignate enviarme todas las noches con el ángel de tu

guarda una bendición amorosa, como la que yo le pido cada día para tí á la Virgen Madre."

"Otra cosa voy á pedirte antes de acabar esta triste carta manchada con lágrimas que caen de mis ojos, y estas es, que me perdones todos los malos ratos que en mi vida te haya dado. Perdóname, madre dulcísima, los disgustos que con mis travesuras de joven te haya causado y no dudes que ocupas y ocuparás siempre el primer lugar en el corazón de tu hijo.

José."

Cuando la condesa acabó de leer la cartá, estaha deshecha en lágrimas y á punto de morir de pena. ¡Oh hijo! ¡dulcísimo hijo mío!—exclamaba la pobre matrona—Gloria de mis antepasados! ¡Hijo más dulce para mi alma que la luz brillante del paraíso! ¿Qué haré sin tí? ¿Es posible que no te vea yo más entrar por mis puertas, llenando esta casa de alegría y gloria? Es posible que... y al decir esto cayó desmayada sobre un sofá.

Mientras prestaban á la buena señora los auxilios de la ciencia, llegó el cartero á casa de Agustín, y entre la correspondencia que dejó, iba una carta para Inés. Apenas la vió el padre, tomóla lleno de curiosidad y comenzó á

darle vueltas. Era el sobre de papel rico y muy recio con sello español y cuño de la estación de Irún.—¿Irún?—dijo Agustín—eso está cerca de Francia. ¡Veremos lo que dice!—Y con un delgado cuchillo de marfil, que le servía para cortar hojas, despegó el sobre con mucha facilidad, abrió de seguida la carta, y sin ponerse los anteojos comenzó á leer.

“Hermana mía, angel mío, y amada mía: Desde este retiro venturoso donde el alma disfruta la dulce paz que en vano se busca entre el bullicio de las ciudades; desde este convento solitario, mansión de la inocencia y morada de austeros penitentes, te envió con estas letras los afectos más puros de mi alma.”

“¡Oh Inés! ¡Oh paloma á quien los cazadores infernales han tratado y tratan de aprisionar entre sus redes! Sal de ese mundo engañoso y vuela presurosa al monte de la mirra ó al collado del incienso, donde apacienta sus ovejas el Pastor divino; vuela presurosa al claustro donde Dios te espera, y de donde yo, ¡ciego de mí! te quise un día apartar. Perdóname esta falta, hermana mía, y dame el consuelo y el gozo inefable de saber que te has consagrado á Dios toda entera en cuerpo y alma.”

“¡Oh qué ciegos son los que no ven la luz interior de la gracia divina! ¡Oh qué infortunados los que no sienten en el fondo de su alma el llamamiento de Dios! ¡Dichoso de mí que lo he sentido! ¡Dichosa de tí que has sabido hacer de un triste mortal el casto compañero de tu eterna felicidad! ¡Lo recuerdo hoy con una tristeza santa que me llena el corazón de celestiales consuelos; nuestro amor ha sido de corta duración, es verdad; pero ha sido puro como el que se tienen entre sí los angeles del cielo! ¡Qué dicha! Yo creía que estabas destinada á ser la compañera de mi vida, y Dios nos ha hecho conocer que nuestro destino es estar juntos en el coro de las Vírgenes, allá en la mansión de los conciertos eternos. ¡Bendito sea! Amalo mucho, Inés, y después de El, sea tu principal amor, el amor á la Virginitad.”

“Consuela á mi Madre y hermana, que las pobres bien lo necesitarán.”

“Adiós Inés; he aquí mi último encargo: que seas toda de Dios, y sola de Dios, y que guardes con esmero la preciosa joya de la Virginitad.”

“*P. D.* Inútil es que me busquen, porque tengo la seguridad de que no darán conmigo. No obstante, abrigo la confianza de que nos veremos, siquiera una vez antes de partir para la otra vida.”

La carta no decía más; ni tenía nombre ni fecha, ni cosa por donde se pudiera rastrear el lugar de su procedencia. Agustín se quedó como el que ve visiones, admirado, atónito y estupefacto; y creyendo que aquella carta encerraba un misterio, pasó el sobre despegado por los labios para humedecerlo, y, volviéndola á cerrar la colocó dentro de un libro. Dejó pasar un rato, y tocó luego el timbre de su cuarto. Un momento después se hallaba en la puerta una criada.

—Señor, ¿se le ofrece á V. algo?

—Sí; ¿sabes dónde está la señorita Inés?

—Sí, señor; en su cuarto de labores, bordando un escapulario: ¿la llamo?

—No; entrégale esa carta que acaba de llegar para ella, y dile de seguida á don Jacinto que lo espero aquí.

La criada salió por un lado y Agustín por otro. Antes que la primera llegara á su destino, se había colocado el segundo frente á Inés, detrás de la cortina que había en la puerta de cristales que daba paso á la habitación contigua. Quería él ver la impresión que causaba á ella la lectura de la carta. Inés la recibió de la bandeja en que se la presentó la criada, y besando con devoción la imagen del escapulario que estaba bor-

dando, lo dejó un momento para leer la carta.

Agustín la miraba con ansiedad, y no pudo notar en ella ni señales de gozo ni de turbación. Sólo observó que en medio de la extrañeza que le causaba, apretó sus rosados labios, arrugó un poco su tersa frente, y se encogió de hombros: signos que lo mismo podían significar *un veremos lo que sale, que un nada me importa*. Desorientado por completo con tales signos, se volvía el taimado padre á su despacho, cuando le salieron al paso su esposa y Carmen azoradas y diciendo:

—¡Qué locura! ¡Qué barbaridad! ¡Si parece mentira! ¡Vamos, que eso no puede ser!

—Pero, ¿qué es eso?—preguntó él.

—Nada, hijo, que á la condesa le ha cogido una alferecía y se está muriendo.

—¡Mujer!

—Lo que oyes: acaba de tener carta en que José le dice que no lo espere más, porque se ha metido á fraile en Francia y no le dice dónde, para que no lo pueda encontrar. ¿Has visto qué locura?

—¿Si estará loco?

Y la pobre madre al leer la carta se ha desmayado y los médicos la están curando en este momento.

—¡Qué diablura!

—¡Si parece imposible tal cosa!

Quando la conversación llegó á estos términos, la casa de doña Fernanda estaba revuelta y todos cuchicheaban y hacían comentarios, todos, menos Inés, que encerrada en su oratorio daba gracias á Dios, porque había llamado al conde para sí de un modo tan maravilloso, librándola al mismo tiempo á ella del mayor impedimento que tenía para entrar de religiosa.

Doña Fernanda y Carmen se trasladaron inmediatamente á casa de la condesa. Esta había recobrado ya el uso de sus facultades; pero estaba inconsolable. Sus amigas la animaban, la prodigaban mil consuelos, y le aseguraban que José volvería; más, por desgracia, aquellas seguridades salieron falsas.

La noticia corrió como un relámpago por la ciudad, y fué por unos cuantos días el objeto de todas las conversaciones; hasta la prensa diaria habló de ella. Pero donde tuvo más resonancia, fué en los círculos femeninos, donde ponían á la pobre Inés como digan dueñas, echándole la culpa de aquel secuestro, y afirmando muy rotundamente que la pícara sabía dónde paraba:—¡Fíese usted de gatita mansa!—añadían las más envidiosas, burlándose de ella.

Mientras los demás se ocupaban en murmurar y formar juicios temerarios, Inés lloraba en el retiro de su cuarto el

tiempo perdido y los años mal empleados. Ni siquiera fué á visitar á la condesa hasta el tercero ó cuarto día, que ésta la mandó llamar expresamente.

—Bien hace en no querer venir—decía la noble señora,—porque comprende que su visita doblará mi pena; pero que venga, por Dios, pues estoy segura que sus palabras me servirán de consuelo.

No se engañó la condesa, porque la primera vez que Inés con su familia fué á visitarla, se renovó su pena; pero se calmó después. Allí, delante de todos, se leyeron las dos cartas, que hicieron derramar abundantes lágrimas á cuantos las oyeron. Se cotejaron los sobres y vieron que el mismo día fueron echadas al correo, una en Guipúzcoa y otra en Barcelona; lo cual demostraba claramente que José tenía un firme propósito de no dejarse encontrar.

Inés, á petición de la condesa, pasó en su compañía tres ó cuatro días, en los cuales le habló la joven al corazón con tanta dulzura, le pintó tan á lo vivo la dicha de un alma que se consagra á Dios, le hizo ver con tanta claridad los engaños y peligros del mundo, y le mostró con tanta energía el llamamiento divino que indicaba la resolución de José, que la pobre madre, sin dejar de sentirlo profundamente, se conformó al

fin con la voluntad de Dios, y dió por buena la conducta de su hijo; y cuando la buena señora, sin poderlo remediar, llamaba á su hijo ingrato, Inés le decía:

—Vamos, déjese usted de eso, que lo que no tiene remedio, olvidarlo es lo mejor. Dos cosas sabemos de él: que está en un convento donde es dichoso, y que no escribirá hasta que profese, pasado un año. Conque á encomendarlo á Dios, y á esperar, que eso se pasa pronto.



## CAPITULO XIX

### Ocupaciones de los dos.

LOS días de José deslizábanse tranquilos y alegres en la soledad de su convento, desde el cual se divisaban á lo lejos enormes cordilleras, ramificaciones de los Pirineos, cuyas elevadas cumbres cubiertas de nieves perpetuas semejan caprichosas pirámides y relucientes obeliscos. Aquellos gigantescos promontorios y escarpados riscos llevan todavía después de tantos siglos el sublime distintivo de la creación, y engañando la vista con sus fantásticas formas de pilastras, columnas y pórticos, se presentan á los ojos como palacios del tiempo, ó templos de la naturaleza.

Todos los días, cuando el sol naciente hería con sus rayos las nevadas cimas de los montes, José contemplaba con placer desde la ventana de su celda aquel bello panorama, y sumergido

en religiosas meditaciones, recitaba esta plegaria:

“¡Señor de los mundos, rey de las edades, amigo presente y juez futuro! Tú, cuyo poder mi corazón invoca, tú que has arreglado el curso de los astros y la sucesión de los tiempos, no permitas que se me escape con la juventud de mi vida la inocencia de mi alma.

“Resplandeciente aurora, albor delicioso de la mañana; tu voz pura grita á los mortales: ¡Despertad! ¡Ay, celestial aurora! ¡ay sol de justicia! ¡Despertad mis sentidos, y alumbrad siempre en este grato retiro los años de mi vida con la inocencia de mi alma!”

“Aciagas tempestades, que combatís al hombre que navega en el mar de su existencia; ¡dichoso el que os teme, y huyendo de los peligros del naufragio se acoge como yo á este puerto bonançible para salvar su inocencia!”

“¡Oh, mortal, rey del mundo con el pensamiento, pero víctima y esclavo de tus pasiones! Tú, que viste perecer tu inocencia en los naufragios de la vida; tú eres el único ser que no renace con la aurora, ni se alegra con el día, porque el día y la aurora sólo brillan placenteros para el que guarda en su pecho la inocencia de su alma. ¡Oh Señor de los mundos y autor de los tiempos!

No dejes huir con la juventud de mi vida la inocencia de mi alma.”

Así pasaba José en el claustro los meses del noviciado, dedicado con fervor á la vida religiosa, mientras que Inés adoptaba para sí el mismo método de vida que observaba recién salida del colegio. Se dió mucho á la oración y á la lectura de libros piadosos; el recuerdo del tiempo perdido y los años mal empleados, llenaban su alma de tristeza y dolor hasta el punto de hacerle derramar copiosas lágrimas. Para resarcirlo de algún modo, reunía con licencia de su madre en la planta baja de la casa doce niñas de las más pobres, las enseñaba la doctrina, las entretenía cosiendo, y el día que fueron todas á comulgar con ella regaló á cada una un vestido nuevo.

La llama del amor divino abrasaba su corazón con ardoroso fuego, fuego que traía consigo vehementes deseos de mortificación y penitencia; fuego que la obligaba muchas veces á ocultarse para que no la vieran llorar como una Magdalena; fuego, en fin, que se traducía en ardientes suspiros arrancados de lo profundo del alma, ó en amorosas endechas cantadas al objeto de su amor.

Una noche, mientras la familia tomaba el fresco á la plácida luz de la luna en medio del magnífico patio-jar-

dín de la casa, Inés subió á su cuarto y descolgó la pequeña, pero hermosa imagen del corazón de Jesús que en él tenía. Abrió el piano y la colocó sobre la cubierta, como si fuera una pieza de música que iba á ensayar: puso sus blancos dedos sobre el teclado, miró con indecible cariño aquella imagen querida, mientras tocaba los primeros floreos de un andante; y soltando al aire su voz melodiosa llena de fuego, que parecía salir de los labios de un serafín, cantó estos hermosos versos:

Morir de tu amor herida  
Es, Jesús, tan dulce suerte,  
Que no trocara esta muerte  
Por la más dichosa vida.

De esa herida de tu amor  
Es tan dulce la violencia,  
Que al templarse su vehemencia  
Siento mi mayor dolor.

Y este amor que así me hiere,  
Con tal ansia al alma deja,  
Que gime, llora y se queja  
Porque de amores no muere.

Amarte, pues, sin cesar  
Será mi dulce vivir,  
Y amargo más que el morir  
Dejarte un punto de amar.

Y así, mi alma, á Tí unida,  
Vivirá cuanto vivieres,  
Pues alma del alma eres  
Y eres vida de mi vida.

Inés calló: y cruzando las manos sobre el pecho para detener las palpitaciones y los saltos que el corazón le daba, hizo enmudecer el piano. Largo rato hubiera permanecido de aquel modo, si no la hubieran sacado de su embeleso los aplausos de la familia que en el jardín paseaba, y de las criadas que subían corriendo las escaleras. El viento les había llevado la voz de Inés, y acudieron en tropel hacia ella, para escuchar aquel himno que parecía uno de los cánticos inimitables que compuso en sus mejores días Santa Teresa de Jesús, la inspirada poetisa del Carmelo; pero Inés, cogiendo apresurada la imagen á quien dedicaba sus amorosas endechas, encerróse en su cuarto para evitar las alabanzas, siempre peligrosas para una doncella.

Desde entonces Inés volvió á importunar de nuevo á su padre para que la dejara entrar en un convento: Conociendo ella que la oposición de su papá era motivada más que por otra cosa por la esperanza que tenía de poderla llamar condesa de Valdelirios, frustrada ya esa esperanza con la determinación

de José, le pareció que cedería fácilmente. No obstante se engañó nuestra joven, porque, si bien es verdad que aquel obstáculo había desaparecido, le salía al paso otro no menor que el primero. Viendo Agustín la solidísima virtud de su hija, su modestia angelical, su humildad profunda, su amor al retiro, su docilidad, su obediencia tan pronta como alegre, y sobre todo aquel desvelo por dar gusto á su padre y complacerle en todo, apartando de él cuanto pudiera disgustarle y adivinando sus deseos para satisfacerlos sin que se lo mandaran; viendo todo eso, cobró á Inés un cariño tan profundo, un amor tan apasionado, que la adoraba, que deliraba por ella y se quedaba lelo, cuando la oía hablar, ó la veía esconderse por los rincones para no ser objeto de las alabanzas de todos.

Este amor de que vamos hablando suele ser funesto, tanto para los padres como para los hijos, porque es un amor mal entendido, un amor ciego, un amor que tiene más de pagano que de cristiano, amor que ha privado de muchos santos á la Iglesia, de muchos héroes á los claustros, y de su felicidad temporal y eterna á muchos hijos y á muchos padres; á éstos por no haber dejado poner en práctica á sus hijos la voluntad divina, y á los hijos por no haber roto

esos lazos de carne y sangre que les separaban de Dios, como si Dios no hubiere dicho que aquel que ama á sus padres ó á sus hijos más que á El, no es digno de El. De este género era el amor de Agustín á Inés, porque al ver que las aspiraciones, los deseos, las prácticas y las virtudes de su hija propendían al claustro con más vehemencia que nunca, se ponía á decir: Y yo... ¿desprenderme de esta joven? ¿Dejar que se aparte de mí el ídolo de mi corazón? ¿Permitir que la alegría de mi casa se vaya á un convento? ¡No! ¡no! y ¡no!

Sin embargo, Inés no perdía ocasión ninguna, y cada vez que tenía oportunidad le decía á su padre:

—¡Cuán dichosa sería yo en un convento! ¡Ay, cuándo me veré en él! ¡cuándo llevaré sobre mis hombros el santo hábito!

—Papá, ¿es verdad que me permitirá usted ser religiosa?

—Y así seguía preguntando, hasta que Agustín, entre irritado y cariñoso, le respondía:

—Vamos, déjate de tonterías y no seas niña.

—Pero, papá, ¿puedo yo oponerme á la voluntad de Dios? ¿No conoce usted que Dios me llama al claustro? ¿No ve usted que mis inclinaciones son esas?

¿No ve usted que allí sería dichosa, y aquí sería desgraciada?

—¡Calla! ¿desgraciada al lado de tu padre? Eso es una injuria para mí.

—Pero, papá, por Dios; no ve usted que . . . . .?

—Lo que yo veo que son ilusiones tuyas y melancolías de andar siempre por los rincones.

—No, papá, permítame usted; no es eso, es la voz de Dios que me llama hace ya años; y ahora dígame usted de quién debo yo hacer caso, si de Dios ó de mi padre.

—¡Terca, terca! ¿Ese es el fruto de tus oraciones? Si me vuelves á dar otro mal rato con estas impertinencias, te prohibiré . . .

Agustín se quedó con la palabra entre los dientes, porque observó que los ojos de Inés se llenaban de lágrimas, y no quiso proseguir. Separóse de su hija, y ésta se volvió á su cuarto.

Escenas como ésta se repetían entre Inés y Agustín cada semana. Ella oraba de continuo, pidiéndole á Dios que su padre se diera por vencido y le permitiera retirarse á un convento; pero viendo que sus peticiones no eran despachadas en el cielo, determinó enviar con ellas la mortificación suplicante, que suele alcanzar tantas gracias como la oración fervorosa. Redobló sus peni-

tencias, afligió su cuerpo con el cilicio y el ayuno, y pronto apareció en su semblante un rayo de palidez que circundaba su rostro con aureola de santidad, dándole la dignidad y la hermosura del dolor voluntariamente aceptado.

Agustín temió que enfermara Inés de pena, si no la dejaba ser religiosa; conoció que él era la causa de aquella palidez; pero aun así le parecía su hija tan hermosa y tan amable que cada vez sentía más tarde la tal licencia. Ya casi iba á ceder á los ruegos de Inés cuando aconteció una desgracia en la familia. Doña Fernanda tuvo aquel invierno una enfermedad grave y larga que la puso á las puertas de la muerte; y en vista de ella resolvió Agustín no acceder nunca á los ruegos de Inés, porque si ésta se iba monja y doña Fernanda faltaba, ¿qué iba á ser de la casa? ¿qué iba á ser de él?

Así andaban las cosas cuando la venida de las golondrinas anunció á los sevillanos la vuelta de la estación florida; las avras primaverales desde su carro embalsamado acompañadas de los céfiros, derramaban sobre la Bética sus celestiales influencias: las aves juntaban sus más dulces armonías con el blanco susurro de las olas del Guadalquivir; las plantas y los árboles, lánguidos y yertos por los fríos del invierno, comenzaron á

reanimarse con el soplo vivificante de la primavera, y Doña Fernanda, participando también de los benéficos dones de la estación de los amores, se reanimó y convaleció.

Durante su enfermedad vino á visitarla y consolarla un tío suyo; sacerdote de mucha virtud, el cual regenteaba una parroquia cerca de Puentegeñil. Era este buen señor un modelo en su clase, hombre ya entrado en años, y por lo mismo respetado y querido de toda la familia, que lo miraba con la veneración con que se mira á un patriarca; y de él nos vemos obligados aquí á hacer mención, porque contribuyó con sus acertados consejos al desenlace de nuestra historia, en la forma que diremos.



## CAPITULO XX

## Quejas y pruebas.

CON la entrada de la primavera y la convalecencia de doña Fernanda había vuelto á la casa de Agustín la animación y la ordinaria alegría. Sucediáanse con frecuencia las tertulias edificantes y las visitas de cortesía, en las que todo eran plácemes, enhorabuena, parabienes, sonrisas y demostraciones de júbilo. Inés era la única que no participaba de aquel regocijo univversal, porque sentía su corazón cubierto con el sombrío manto de la tristeza. Nadie sabía á punto fijo lo que tenía, pero todos adivinaban que la pena consumía su corazón, y que ella devoraba su pena en el silencio, sin dar á nadie parte. Hubo quien atribuyó aquello á la enfermedad de su madre, quien pensó que era efecto de la ausencia del conde y quien le preguntó por la causa de su pena; pero Inés se había encerrado en el silencio, y nadie descubrió el motivo de sus pesares.

Agustín sabía perfectamente que su injusta negativa era la causa de las amarguras de Inés, y haciéndose el desentendido, una noche la llamó para que cantara en una tertulia de familia que se había reunido. —Vamos, Inés,—le dijo— con esa cara tan triste y ese aislamiento en que te has encerrado, parece que estás despidiendo á nuestros amables huéspedes. Hay que alegrarse, hija mía, que ya no hay motivo para andar taciturna. Cerca de un año hace que no te oigo cantar ni tocar el piano; tu tío todavía no ha oído el metal de tu voz, tu mamá y la señora condesa desean verte alegre, conque esta noche es preciso que nos cantes una de esas canciones que tú sabes.

Inés por toda contestación exhaló un suspiro.

—Anda, mujer; y no te hagas rogar tanto.

—Pero ¿qué pieza quiere usted que toque?

—Tocar solamente no; tocar y cantar.

—Pero ¿qué voy yo á cantar, señor?

—La última canción que sepas.

—La última que he aprendido es muy triste y no agrada.

—Sí, ¡la última tiene que ser!—respondieron los demás á coro con Agustín.

—No, papá; que no va á sentarle bien á usted.

—¿Que nó? anda y dame ese gusto.

—Y después, ¿me concederá usted lo que yo le pida?

—Concedido.

—Inés sonrió forzosamente; sus mejillas se cubrieron de un subido carmín, y dando airosamente una media vuelta, sentóse al piano. Sacó disimuladamente un papelito de su faltriquera, pasó la vista por él, y tendiendo las manos sobre el teclado, hizo vibrar con sonoridad y armonía las cuerdas del instrumento. Pronunció entre dientes algunas palabras confusas, pero muy suaves, y animada con las miradas de su madre comenzó á cantar, acompañando su voz melodiosa con las notas más lánguidas y tristes del piano, estas décimas que ella misma había compuesto con el título de

### QUEJAS

Yo he visto un rosal criado  
Entre plantas olorosas,  
Y allí daba frescas rosas  
Cuando el tiempo era llegado;  
Después lo vi trasplantado  
Por su dueño á otro lugar;  
Llegó Mayo, él fué á buscar  
Rosas, y lo vió agostado . . .

*Pobre rosal trasplantado,  
¿Qué rosas podría dar?  
Si del huerto la frescura,  
De los árboles la sombra,  
De verde yerba la alfombra,  
Y el correr del agua pura,  
Es lo que exige natura  
Para que crezca un rosal;  
En medio de un erial,  
Del sol estibo abrasado,  
Pobre rosal trasplantado,  
¿Qué rosas podría dar?*

Una salva de aplausos ahogó las voces del piano y el acento de Inés, la cual sin perder un punto la serenidad de su alma, cambió de tono repentinamente, y trocando en rápidas y agudas las notas tristes, continuó, cuando cesaron los vítores de este modo:

En mi infancia ví un jilguero  
Que en una huerta anidaba,  
Y dulcemente cantaba  
Posado en un limonero;  
Feliz siempre y placentero,  
Allá, en el bosque sombrío,  
En las orillas del río,  
O en la fuente cristalina  
Trinaba, y su voz divina  
Alegraba el valle umbrío.  
Después lo ví prisionero  
En una jaula metido;

¡Ay! había enmudecido  
El pobrecillo jilguero:  
Un quejido lastimero  
Se le solía escapar,  
Cuando empezaba á trinar  
Y se veía aprisionado:  
*Pobre pájaro encerrado,  
¿Cómo había de cantar?*

Si del huerto la frescura,  
De las plantas el verdor,  
Y el perfume de la flor,  
Y del bosque la espesura,  
Y del campo la hermosura,  
Y el verse libre saltar,  
Es lo que hace trinar  
Al pajarillo pintado;  
*Pobre jilguero encerrado,  
¿Cómo había de cantar?*  
¡Ay, qué pena, oh Dios amado!  
¡Oh, qué trance este tan fiero!  
¡Yo soy el pobre jilguero  
En triste jaula encerrado!  
Si allá en el claustro sagrado  
Me viera, como me ví,  
Sí cantara entonces, sí,  
De mi libertad gozando;  
Pero encerrada y penando,  
¿Quién canta, quién canta así?  
Mas, ¡ten valor, alma mía!  
No te conturbes ni llores,  
Desecha ya tus temores,  
Revístete de alegría,  
Que puede ser venga un día

En que te den libertad,  
Vuelas á la soledad  
De tu anhelado convento,  
Y allí con tranquilo acento  
Cantes con Dios la bondad.

Y, ¿qué he de hacer entre tanto?

¡Oh, alma! Ama y espera.  
Calla, sufre, persevera,  
Vierte en silencio tu llanto,  
No te rindas al quebranto,  
No cedas á la tristeza,  
Mira al cielo con firmeza,  
Cállate y ten confianza,  
Que en silencio y esperanza  
Estará tu fortaleza.

Inés enmudeció, y esta vez no resonó ni un solo aplauso. Sollozos entrecortados y el ruido de respiraciones anhelantes que se escapaban de los oprimidos pechos era lo único que se oía en el salón. Ella volvió á los circunstantes sus grandes ojos azules rebosando candor, con esa mirada inquieta y vaga que parece investigar algo, cuya existencia se sospecha, y vió que de los de su padre y de otros muchos caían gruesas lágrimas sin hacer ruido. Todos habían adivinado en aquellos cantos la verdadera causa de las penas de Inés, y su voz las comunicó á los demás con tanta viveza que les hizo prorrumpir en triste llanto. La tertulia se deshizo como por en-

canto; Agustín se levantó emocionado, pretestando que iba á buscar unos cigarrillos: y los demás entraban y salían sin detenerse, como buscando una nueva impresión que viniera á borrar la profunda huella que el canto de Inés había dejado en todos los corazones.

Cuando á ésta le pareció bien, fué en busca de su padre que estaba conversando con el *tiito Capellán* (como llamaban todos en casa al tío de doña Fernanda) y apenas se le puso delante, con mucha humildad y mucho cariño le dijo: —Papá, vengo á que cumpla V. la palabra que me tiene dada.

—A ver, ¿qué quieres ahora?

—Quiero que me de V. licencia para entrar en el convento de María Reparadora.

—Tú, siempre con la tuya, Inés.

—Pues, papá, no puedo resistir más; yo me muero, si sigue V. oponiéndose de ese modo á la voluntad de Dios.

—No, hijita mía, yo no me opongo á la voluntad de Dios, sino á tus caprichos femeniles.

—¿Papá, capricho una vocación tan combatida como la mía? Pruébeme V., padre mío, si ya no me tiene bien probada; examíe V. mi vocación, y, si es capricho mío y no voluntad de Dios, yo le prometo desistir de mi propósito; pero, si es lo contrario, desista V. y no me niegue una cosa tan justa y tan santa.

—Mira, tío y yo estábamos hablando de eso; él te examinará, que es más apto que yo para esto, y los dos nos atenderemos á su fallo.

—Al decir esto, Agustín se levantó, fingiendo que se ausentaba, para dejarlos en completa libertad; y lo que hizo, fué dar la vuelta y esconderse en la habitación inmediata para no perder ni una sola palabra de aquel solemne interrogatorio. El buen sacerdote comenzó de este modo:

—¿Vamos, Inés, has pensado bien lo que pretendes?

—Sí, señor, lo he pensado muy despacio.

—Y esa vocación que tú dices, ¿es reciente, ó trae ya larga fecha?

—Desde que tenía doce años.

—¿Y ha sido siempre constante?

—Hubo un tiempo (que nunca lloraré bastante) en que oponiéndome á los remordimientos de mi conciencia, quise contrariar mi vocación, y ofrecer mi mano á un ángel que la pretendía; pero todo aquello no sirvió más que para confirmarme en ella, y para que él se hiciera religioso.

—¿Y has consultado sobre el asunto con algún confesor prudente?

—Con todos los directores que he tenido; y todos me han dicho que no podía

desobedecer á esa inspiración divina, sin pecar, y hacerme desgraciada.

—¿Pero no ves, hija mía, que si vas á un convento te cargarán de humillaciones durante el noviciado, te ejercitarán en los oficios más bajos de la casa y te tendrán como el estropajo del convento, y hasta te mandarán que les beses los pies á las demás?

—¿Y qué cosa más gloriosa que hacer con mis hermanas lo que hizo Jesucristo con sus apóstoles la noche de la cena? ¿Qué cosa más dulce para mí que ejercitarme en los oficios humildes en que se ocupó mil veces la Madre de Dios?

—Pero ten entendido que esas cosas te las hará sufrir alguna, que quizás hubiera apetecido en el mundo la honra de ser tu doncella ó tu criada, y que allí por tener el mismo hábito que tú, te despreciará sin consideración ninguna.

—¡Ay, tío! Por esa parte estoy curada de espanto. Dichosa yo el día que sea despreciada por amor de Jesús.

—¡Bueno! pero has de considerar que te has criado con mucha delicadeza, y que allí tendrás una cama dura, un vestido áspero y una comida que muchas veces no te gustará.

—Podrá ser; pero pronto hará un año que visto lana interiormente, duermo sobre tablas, y como lo que menos me gusta. Guárdeme usted el secreto.

—No es bastante; mira que son muchos los trabajos, penitencias, incomodidades y fatigas de la vida religiosa, y no los podrá resistir.

—Si yo contara para ello con mis fuerzas solas, seguramente que no podría; pero Dios que me llama, me dará lo que me falta.

—Mas, si te vas, no podrás allí hacer el bien que harías, quedándote en el mundo.

—Esa fué la engañosa tentación que por poquito me hace ser infiel á Dios; pero tentación conocida, tentación vencida.

—Y si te vas, ¿qué va á ser de tu casa? ¿qué de tus padres? ¿qué de tus hermanos, que te miran como á su espejo?

—Pues lo que sería si en vez de llamarme Dios al claustro, me llamara á la otra vida. El cuidará de todos.

El sacerdote dejó de preguntar: estaba meditabundo y como admirado de lo que había oído á su sobrina.

Agustín temblaba detrás de la puerta como un azogado, y no sabía si retirarse ó volver. Por fin, hizo un esfuerzo desesperado, y dando la vuelta entró en el salón, preguntando:

—¿Cómo vamos de exámen?

—*Digitus Dei est hic*—contestó el sacerdote, moviendo la cabeza.

—¿Qué quiere decir eso?

—Pues quiere decir que esa chiquilla es el diablo, ó no puedes detenerla mucho tiempo en casa sin hacerte reo de un gran pecado delante de Dios.

Estas palabras cayeron como una bomba sobre el corazón de Agustín, el cual quedó atónito y suspenso, mientras el *Tiito*, continuaba:

—Nada, Dios lo quiere y hay que obedecer.

—¡Qué horrible es esto para el corazón de un padre! ¿Conque tendré que desposeerme de este tesoro, ó aventurar mi eterna salvación? Pues en tal conflicto vete, hija mía, donde Dios te llama y no te olvides de este padre que te adora.

Estas últimas palabras las dijo Agustín sollozando, y al oírlas Inés se abalanzó al cuello de su padre diciéndole:

—Papá de mi alma, ahora sí que me quiere usted; ahora sí que yo le amo con amor centuplicado; yo haré el doloroso sacrificio de separarme de su lado, y usted de entregarle á Dios esta hija que tanto le ama. Si no fuera tan tarde, ahora mismo mandaba una tarjeta á la M. Consolación, comunicándole tan fausta nueva. ¡Ay, qué noche tan buena voy á pasar! Querido papá, Dios premie á usted el bien que me hace.

A todo esto el P. Capellán seguía meditabundo. Inés se marchaba radiante

de alegría, y Agustín quedaba llorando, sin ruido ni sollozos, como llora el que tiene en su corazón la fuente de las lágrimas.



## CAPITULO XXI

## Escenas de familias.

AL día siguiente, la casa de Agustín estaba poco menos que alborotada. Se había corrido la voz de que él había otorgado á Inés su permiso para hacerse religiosa, y todos miraban al padre con esa mirada mezclada de extrañeza y curiosidad, que parece preguntar con ironía lo que ya se sabe; y á la hija la miraban con esos ojos tristes que revelan la compasión ó el sentimiento de una próxima despedida.

Inés, sin atender siquiera á lo que pasaba, ocupabáse en escribir tarjetas á ciertas religiosas amigas suyas á quienes había encargado antes que rogaran á Dios por ella, diciéndoles ahora que dieran gracias al Señor, porque al fin conseguía lo que por tan largo tiempo había pedido y esperado; la licencia de su padre para hacerse religiosa.

Entre todos los de casa, doña Fernanda tenía más deseos que nadie ver-